

# Los procesos educativos en el salón de clases. Una visión desde lo interpersonal

Fernando Sandoval Gutiérrez  
*Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, división multidisciplinaria Cuauhtémoc*  
[fernando.sandoval@uacj.mx](mailto:fernando.sandoval@uacj.mx)

## Resumen

Este trabajo es una invitación a entender los procesos educativos en el marco de la vida cotidiana en el salón de clases primero que nada como procesos interpersonales que se enmarcan en las experiencias de vida de los involucrados, en procesos profundamente personales que no siempre hacen sentido a los docentes y a sus alumnos. Comprender así lo que pasa cada día en las aulas hace posible acercarnos con nuevos anteojos paradigmáticos a estos fenómenos y comprender de manera más precisa sus complejidades, en la búsqueda de diseños pedagógicos plenos de sentido.

## Palabras clave

Práctica docente, relaciones humanas, inteligencia emocional.

## Introducción

Cada día cientos de miles de estudiantes mexicanos acuden a la escuela. Todos ellos son atendidos por miles de docentes, al menos cinco horas diarias, cinco días a la semana, por diez meses al año. En cada escuela urbana o rural, desde el frío desalmado de los días de clase en invierno en Chihuahua hasta la canícula del mediodía en las primaveras de Quintana Roo, la experiencia escolar se construye en la privacidad en las aulas, en la vida en las oficinas escolares, en los griteríos de los patios: en una experiencia intensa, personal y al mismo tiempo compartida porque cada estudiante y cada docente enfrenta la vorágine cotidiana desde su fuero personal, pero sumergido inevitablemente en el carácter gregario de la experiencia escolar. En ese devenir se espera que los estudiantes aprendan, se transformen, se conviertan en seres

humanos competentes. Para darle potencia a la oferta que la escuela les hace a través de los docentes.

Lo que se vive en las escuelas ha sido analizado desde múltiples perspectivas. Una de ellas es comprenderlo a partir de la premisa básica de que antes que cualquier cosa, se trata de procesos que congregan a seres humanos durante horas en espacios limitados. En ese sentido todo lo educativo es en esencia una experiencia de relaciones interpersonales; se trata de eventos en los que por diversas circunstancias unos, los alumnos, van a aprender, y otros, los docentes, van a enseñar. Así la experiencia en la escuela es vivenciada y apropiada por cada individuo. Es como dice Carl Jaspers: "Lo que el hombre es, lo es a través de lo que hace suyo"; la vivencia en la escuela es apropiada por los niños y por los docentes de manera íntima, única y personal.

Esta apropiación responde a las características específicas que se viven en cada escuela, en cada salón de clases: a las peculiaridades de la construcción de lo cotidiano desde el timbre de entrada hasta el de salida, y claro, a las características personales del docente y de cada uno de sus alumnos, que por más homogéneo que sea el grupo presentan siempre amplias diversidades en muchas dimensiones. En este marco lo pedagógico es una expresión de lo humano: los planteamientos pedagógicos y eventualmente didácticos del docente son eventos humanos con intencionalidades educativas, que se encuentran con los posicionamientos personales de los chicos. Para poder avanzar en este argumento es fundamental tener siempre esa afirmación en mente: antes de cualquier consideración técnica o pedagógica, los procesos educativos deben comprenderse como eventos de relaciones humanas. ¿Qué ganamos con este recurso analítico? Revisémoslo a continuación.

Entender los procesos educativos como eventos de relaciones humanas posibilita acercamientos diferentes a la construcción de aprendizajes. Se trata de comprender la experiencia en la escuela como una experiencia de vida: como ir a un partido de fútbol, o ser asustado por un perro al caminar por una calle y contárselo a mamá al llegar a la casa, o reír al ver una película con los amigos. La diferencia está en que lo que se vive en la escuela tiene una intencionalidad determinada, pero a fin de cuentas se trata de lo mismo: de una vivencia compartida con otros seres humanos. El desafío para los docentes está en encaminar la experiencia hacia el desarrollo de competencias específicas para la vida enmarcadas en el plan de estudios para la educación básica. Comprender que, si voy a enseñarles a mis

estudiantes sobre las lenguas indígenas o sobre cómo se traza una figura geométrica, solo puedo hacerlo mediante el establecimiento de relaciones humanas, o en otras palabras, mediante el emprendimiento de relaciones interpersonales entre los sujetos involucrados en el acto educativo. Esta precisión nos toma de la mano y nos lleva a comprender los procesos educativos en tanto fenómenos culturales, psicológicos y simbólicos de alta complejidad, que se imprimen en la marcha de la jornada escolar. En el fondo se trata de actos comunicativos en el amplio sentido de la palabra (Nardone y Watzlawick, 1989, p. 90); actos conscientes e inconscientes que se cargan de sentido en el crisol de las relaciones interpersonales.

A la luz de esta realidad, algunas facetas de los procesos educativos que normalmente quedan fuera del análisis cobran una importancia estratégica para entender el éxito o el fracaso de los propósitos de aprendizaje: dimensiones como lo emocional, los estados de ánimo, las habilidades sociales, los ritmos cotidianos, resultan muy importantes para comprender cómo se construyen los conocimientos y se fortalecen las competencias. El problema aquí es que tradicionalmente los planteamientos pedagógicos y didácticos se alejan de esta visión. Se toma en cuenta el perfil del estudiante, sus saberes previos, los propósitos educativos, las características del contexto, pero se ignora la naturaleza del momento específico en el que el docente mediante sus acciones propicia eventos de aprendizaje en el grupo escolar.

La invitación a entender los procesos educativos como fenómenos interpersonales no es nueva: desde los setenta Alexander Neill y otros advirtieron

de la necesidad de incluir este componente en nuestras aproximaciones analíticas. Luego otros más complementaron el posicionamiento: ahí encontramos las muy famosas aportaciones de Kincheloe, Gardner y Goleman quienes proclaman: ¡Ey! ¡Las inteligencias son complejas! ¡Se alimentan a partir de procesos complejos! ¡Repensemos los procesos educativos a la luz de estas evidencias!

Una vez que aceptamos la presencia irrenunciable de lo interpersonal en los procesos educativos, podemos empezar a plantearnos hacia dónde queremos orientar nuestras acciones como docentes. En lo general es posible afirmar, en concordancia con los diez rasgos deseables en el perfil de egreso prescritos por el plan de estudios para los estudiantes del nivel básico, que buscamos que los chicos y chicas que transiten por nuestros salones de clase se conviertan en individuos altamente competentes para la vida, desarrollados en toda la complejidad de sus potencialidades (Secretaría de Educación Pública, 2011, p.39). En cuanto a nuestro trabajo docente, podemos tomar prestado para entenderlo el concepto rogeriano que plantea que el objetivo de cualquier terapia es lograr que la persona “funcione plenamente”: nuestro trabajo docente debe orientarse a lograr que nuestros alumnos y alumnas funcionen plenamente en todas sus potencialidades, sus capacidades, sus sensibilidades: que abran las alas a toda capacidad. Viktor Frankl, uno de los gigantes del pensamiento humanista del siglo pasado, planteó de manera hermosa cómo debe ser el ejercicio docente:

Al estudiante en una relación de enseñanza se le trata como una persona, se le considera como un tú. Por tanto, podríamos decir que enseñar significa poder decirle «tú» a alguien; pero no solo esto, sino poderle decir también «sí», esto

es, no solo aprehenderle en toda su esencia, en su individualidad y unicidad, tal como hemos dicho anteriormente, sino aceptarle en lo que vale. (Frankl, 1995, p. 33).

Desafortunadamente la experiencia de quienes trabajamos directamente con los chicos y la revisión de la literatura nos permiten ver que no siempre las cosas son así. A veces las relaciones interpersonales en las que se enmarca la práctica empantan más que facilitan los aprendizajes. Como resultado “muchos alumnos ven frustrada su orientación innata al aprendizaje, a la curiosidad y al descubrimiento, no aprenden lo que deberían y enfrentan muchos momentos de su experiencia escolarizada de manera automática y sin motivación: soportan la escuela, no la gozan” (Sandoval, 2014, p. 13). Resulta preocupante pensar en cuánto de lo que los estudiantes viven en la escuela no tiene un sentido claro, y esto es clave: la naturaleza humana hace que orientemos nuestros actos hacia lo que nos hace sentido, hacia lo que se integra en nuestra visión del mundo y del futuro; hacia lo que encaja en nuestros sistemas de valores. En la medida en que nos veamos forzados –como en muchas situaciones en la escuela- a realizar tareas o actividades sin sentido, nos exponemos a padecer lo que Erich Fromm llamó “neurosis compartida” (Fromm, 1975, p. 76). Ante este estado de cosas, ¿qué hacer? Un primer paso es tomar conciencia de las relaciones interpersonales que componen nuestra práctica docente. Comprender que no se trata tan solo de aplicar las actividades plasmadas en la planeación didáctica o en implementar una rúbrica de evaluación: se trata de sensibilizar nuestra experiencia docente con los ingredientes de la comprensión y de la empatía. Comprender y empatizar con los chicos no tanto acerca de que todos en algún

momento de nuestra historia personal también fuimos estudiantes, sino en cuanto a la experiencia en el aquí y en el ahora en tanto seres humanos inmiscuidos en intensas relaciones interpersonales con una intencionalidad educativa. En el fondo lo que nos exige este matiz es un ejercicio de madurez: asumir nuestro papel como el adulto en la habitación para propiciar condiciones cotidianas en las que emerjan relaciones interpersonales que propicien el aprendizaje. En la medida en que aprovechemos estas relaciones, la experiencia en la escuela se irá cargando de sentido, con beneficios directos para los chicos y para sus rendimientos escolares.

Un segundo paso es realizar ejercicios introspectivos con respecto a la manera en la que planteamos las relaciones interpersonales con nuestros alumnos desde una perspectiva crítica; respondernos: ¿cómo me relaciono con mis alumnos? ¿Qué de ese estilo de relaciones interpersonales fomenta el aprendizaje? ¿Qué lo inhibe? ¿Cuál era el estilo de las relaciones interpersonales con mis mejores maestros, en mi experiencia como alumno? En mucho se trata de, en palabras de Freud, “hacer consciente lo inconsciente” de nuestras acciones, y aprovechar este conocimiento nuevo en beneficio de la calidad de nuestro trabajo.

Un tercer paso en este sentido es analizar el estado de las relaciones interpersonales entre otros actores de los procesos educativos: ¿Cómo se relacionan los chicos entre sí? ¿Y los padres de familia? ¿Mantienen relaciones interpersonales sanas con sus hijos en el contexto de la escuela? ¿Dónde están los puntos débiles de estas relaciones? ¿Cómo las aprovechamos para hacer más potentes los procesos de construcción de aprendizajes y competencias? Como se ve,

hay mucho sobre lo cual reflexionar y crecer en consecuencia.

No es el propósito de estas reflexiones anunciar esta manera de entender los procesos educativos como el nuevo paradigma que conjurará los desafíos de la escuela pública, pero sí consideramos muy importante que los docentes y los investigadores de la educación puedan tener en cuenta esta dimensión interpersonal en lo que ocurre en las aulas. Se trata de humanizar la experiencia de vida que significan para los docentes y para los alumnos los eventos en el salón de clases.

Para el ámbito de la investigación educativa esta visión abre nuevas líneas de trabajo y nuevas preguntas que responder: ¿cómo generar estados cotidianos que propicien el aprendizaje? ¿Cuál debe ser el perfil del docente para poder generar habilidades para las relaciones interpersonales con intencionalidades educativas? ¿Cómo debe ser la formación inicial de los docentes en ese sentido? ¿Qué tan importantes son las emociones, las relaciones humanas y los estados de ánimo para poder aprender efectivamente en comparación con otros elementos presentes en el contexto escolar?

En suma, en el vivir diario en nuestras escuelas lo interpersonal permea y explica, posibilita o prohíbe. En la medida en que nos hagamos conscientes de este sustrato elemental de lo cotidiano podremos plantearnos preguntas cada vez más interesantes para poder amplificar los efectos educativos de nuestro trabajo diario como docentes e investigadores.

### Referencias

Frankl, V. (1995). La psicoterapia al alcance de todos; conferencias radiofónicas sobre terapéutica

- psíquica. Barcelona: Editorial Herder.
- Fromm, E. (1975) Anatomía de la destructividad humana. México, Siglo XXI Editores.
- Nardone, G., Watzlawick, P. (1989). El arte del cambio. Manual de terapia estratégica e hipnoterapia sin trance. Palo Alto: Editorial Herder.
- Sandoval, F. (2014) Una escuela para abrir las alas. Cuadernos fronterizos. 30(10) 13-15.
- Secretaría de Educación Pública (2011). Plan de estudios. Educación básica. México: SEP.

